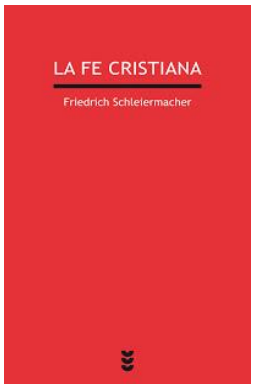
SCHLEIERMACHER Y LA FE CRISTIANA



LA TEOLOGÍA COMO PNEUMATOLOGÍA

Autor: **Ángel Cordovilla Pérez***

Al fin ve la luz en castellano la obra más importante de Friedrich Schleiermacher, ***Compendio de la fe cristiana, expuesta según los principios de la Iglesia evangélica***, publicada por Ediciones Sígueme, la prestigiosa editorial de Salamanca. Convertido en un clásico casi desde el mismo momento de su aparición, ocupa un lugar fundamental entre las obras de teología que intentan presentar la fe cristiana en su integridad. Su publicación inauguró un periodo creativo y renovador en el pensamiento cristiano, en el que se sentía la urgencia de repensar la tradición teológica en el mundo moderno.

Schleiermacher se mueve con igual soltura entre los sistemas teológicos de la ortodoxia protestante, la filosofía alemana de la época y el nuevo imaginario creado por las ciencias históricas y naturales. La fe cristiana aborda los temas de la dogmática cristiana de forma original. Su novedoso método, calificado por el autor como «ortodoxia en movimiento», se enraíza en el pasado, si bien trata de proponer a la vez nuevas formulaciones que sean inteligibles para cualquier tiempo.

A pesar de ser una obra polémica y controvertida desde su publicación, no ha dejado de sentirse su influencia desde entonces, de tal modo que ha llegado a ser comparada con la *Summa Theologica* de Santo Tomás, o con las *Instituciones* de Calvino.

Oportunidad de esta obra

¿Por qué editar ahora la obra magna de Friedrich Schleiermacher? ¿Sigue siendo todavía un teólogo de referencia después de la cesura que ha representado el siglo xx respecto a siglos anteriores? ¿Acaso los sucesivos giros teológicos, antropológicos, sociológicos y contextuales que hemos vivido en el siglo pasado no abren una sima definitiva entre la teología del siglo xix y la del siglo xxi? ¿Aún puede enseñarnos algo este autor, considerado el padre de la teología moderna protestante? La historia es maestra, y lo es de forma significativa en sus mejores logros y

expresiones. Aunque sólo fuera por esta razón, ya merecería la pena ofrecer este libro, obra cumbre del teólogo de Breslau. Incluso para conocer bien la teología en el siglo xx, tenemos que conocer su obra. Así, podemos rastrear su influencia en autores tan diversos como **Albrecht Ritschl** (1822-1889), **Adolf von Harnack** (1851-1931), **Ernst Troelstsch** (1855-1923), **Rudolf Otto** (1869-1937), **Rudolf Bultmann** (1884-1976), **Paul Tillich**(1886-1965), **Karl Rahner** (1904-1984) y **Eduard Schillebeeckx** (1920-2010). En España, además del influjo indirecto que ha podido tener en diversos autores, Schleiermacher ha sido recibido en sus aportaciones significativas en distintos campos de estudio como el de la filosofía de la religión (**A. Ginzo**), el arte de la traducción (**V. García Yebra**), la hermenéutica (**L. Flamarique**) y la filosofía (**I. Izuzquiza**).
Para que esta recepción sea plena, nos faltaba poder acceder a lo que sin lugar a dudas podemos considerar el centro y el corazón de su obra, desde el cual el resto de sus aportaciones quedan iluminadas y pueden ser mejor comprendidas: la Doctrina de la Fe.

Teología en el tiempo

Además del enriquecimiento objetivo que supone el conocimiento de la obra fundamental de este autor, su irrupción en el panorama teológico nos enseña que la teología es una ciencia que se realiza en el tiempo. No es posible una *theologia perennis* que se haga insensible al acontecer de la historia y no responda a los desafíos que cada época le sitúa en su horizonte.
Schleiermacher vive en el contexto del Siglo de las Luces, en medio de una Ilustración que iba ya camino de su plenitud y de su superación, más allá de las rupturas de **Rousseau**, las luchas de **Lessing**y la crítica de **Kant**. Él vivió en el tiempo ya de la filosofía sintética de **Hegel**.
Se encuentra ya en el cruce de caminos entre la metafísica clásica y la subjetividad moderna, entre el criticismo kantiano y el saber especulativo de **Schelling** y **Hegel**. Si el Idealismo quiso superar, con razón, el implícito agnosticismo kantiano, Schleiermacher hizo valer los derechos de la docta ignorancia frente al saber absoluto (Cf. **E. Brito**, *La Pneumatologie de Schleiermacher*, Leuven 1994, 2). Toda la filosofía de **Hegel** puede resumirse en el título de su obra *Fenomenología del Espíritu*. Además de una confianza heroica en la razón, Hegel reconoció de forma lúcida el lugar que existe entre la razón y lo que todavía no es razón, aunque para él esto que todavía no es razón estuviera llamado a ser integrado finalmente en ella (naturaleza). Para **Hegel**, la vida del espíritu revela la racionalidad oculta de la naturaleza. Desgraciadamente el resultado final de su filosofía (crítica ya con la Ilustración y la Modernidad) es la integración del espíritu en el logos, en la razón3.
Schleiermacher ratifica esta distinción y relación entre lo que podríamos llamar los dos reinos del espíritu: la región del sentido explícito y la región del sentido oculto. La razón no es totalmente luz. Ella lleva implícita en sí misma algo que todavía no es razón, pero que sin embargo es una realidad

humana en cuanto que es espíritu. No todo es logos en la vida humana, sino que también hay pneuma, espíritu, vida, que está más allá de lo racional y que tiene su órgano de expresión en el arte o en la religión, en el orden de la belleza o del amor. Schleiermacher, a diferencia de **Hegel**, al reconocer el lugar específico de la religión entre la metafísica y la ética, no deja absorber el pneuma en el logos. No es necesario, en este sentido, volverse a la filosofía de la vida de **Nietzsche** para valorar el sentido y autonomía de esta vida meta-racional, este espíritu que está más allá del logos, allende del verbo. Entre el racionalismo apolíneo y el vitalismo dionisiaco, Schleiermacher nos invita a un racionalismo pneumático o un espiritualismo racional; en otras palabras, a una auténtica pneumatología filosófica.

Si es verdad lo dicho anteriormente, Schleiermacher no puede ser considerado sin más como el **Kant** de la teología. Él ya no vive cegado por la luz de la Ilustración, sino que se hace eco de la primera crítica significativa hacia ella realizada tanto desde el movimiento romántico como desde el idealismo. Del primero asumirá la crítica que el Romanticismo hace a la suficiencia de la razón. No todo es luz en la vida humana. No basta la razón para vivir. En el mundo hay sombras, fuerzas desconocidas que se escapan de los límites de la mera razón, ya sea ésta la razón pura, la razón práctica o la razón estética. El sentimiento, sin serlo todo, arraiga en un nivel más profundo de la vida humana. Pero esto no es suficiente. Aquí Schleiermacher, abandonando el Romanticismo, acoge la verdad de fondo del pensamiento idealista, al menos en la vertiente de su posterior y acérrimo enemigo, el filósofo alemán **G. W. F. Hegel**; éste, frente a una vanidosa Ilustración, reclamaba la necesidad del conocimiento de Dios (*Filosofía de la Religión* III, Madrid 1985, 167).

Pero aquí de nuevo los caminos se separan. Lo que para **Hegel** es pensar como apoderamiento de la razón y la idea sobre la realidad, para Schleiermacher es intuición y sentimiento, impresión de una realidad previa que nos precede. El sentimiento más profundo del ser humano es la experiencia de finitud, es decir, que el hombre no se pone a sí mismo en la existencia, sino que es puesto (pasividad), y el anhelo y deseo innato de plenitud al que tiende no puede colmarlo desde sus propias fuerzas (gracia). Si la razón no lo es todo (frente a la Ilustración), tampoco la Naturaleza (frente al Romanticismo). Dios aparece así en el horizonte de la vida humana como el presupuesto y el fundamento de toda la realidad, y su destino último. De la razón al espíritu (Romanticismo) y de este a Dios en el mundo (Idealismo), sin confundirse con él (Schleiermacher). Desde la recuperación de la presencia de Dios en el centro de la vida humana –llámese intuición, sentimiento de absoluta dependencia o experiencia de la conciencia divina–, hay que reconocer que Schleiermacher ha ofrecido un camino expedito para establecer un estatuto epistemológico propio para la filosofía de la religión y para la teología. Lo que significa devolver la palabra y la realidad de Dios a su lugar natal tiene su correspondencia con el ámbito de autonomía

y afirmación de la singularidad que Schleiermacher logra de la teología frente a la filosofía, ya sea ésta de corte especulativo-idealista o moral-ilustrada.

Teología entre el dogmatismo pétreo y la hermenéutica frágil

Más allá del conocimiento histórico de un autor de este calado, creo que su lectura e interpretación puede sernos de provecho porque la teología tiene todavía una cierta deuda pendiente con la Modernidad, no para ajustarle las cuentas, sino para cerrar definitivamente esa herida que lleva sangrando casi un siglo. Ya no es posible «volver» sin más a una tradición anterior, recuperando el objetivismo metafísico y teológico propio de etapas previas, en donde la teología se realizaba desde un horizonte único y un fundamento inamovible. Tampoco creemos que sea conveniente entregarse de forma acrítica a una «hermenéutica» que prácticamente disuelve el contenido real de la Dogmática cristiana en el horizonte cultural en el cual ésta ha de ser explicada. Schleiermacher nos enseña a rechazar el camino de una vuelta a una metafísica onto-teológica que convierte a Dios en una explicación del mundo que choca directamente con la cosmovisión actual del universo y de la vida humana, o la instalación en una tentadora hermenéutica frágil que no es capaz de salir del laberinto del pluralismo y del lenguaje, yendo más allá del estudio de los contextos y la hermenéutica de los textos. Schleiermacher supo caminar en la estrecha senda que le permitió el criticismo kantiano y la metafísica idealista, por un lado, y una cierta teología ortodoxa protestante, por otro, ligada a una comprensión supranatualista de la acción de Dios en el mundo y relacionada con un pietismo exacerbado que cargaba las tintas en una comprensión sacrificial de la muerte de Cristo y en la forma sentimental de la participación del creyente en ese acontecimiento salvífico. Quizá él nos ayude a realizar ese diálogo siempre difícil con la cultura contemporánea, que o bien desprecia el fenómeno religioso, o bien quiere reducirlo al ámbito de la razón práctica, o bien trasvasar su contenido fundamental y específico en formas que parezcan universalmente válidas, convirtiendo la teología en filosofía, especialmente en filosofía de la religión.

La autonomía de la teología frente a la filosofía

Para F. D. E. Schleiermacher (1768-1834) la teología se diferencia de la especulación filosófica en que no puede deducir su objeto de principios metafísicos generales, sino que tiene un objeto específico. Mientras que la filosofía se dirige a un logos universal, la teología se dirige a la fe. Una fe por la que el Espíritu de Dios se revela a los hombres y que, actuando vitalmente, constituye una Iglesia. De ahí que para nuestro autor la teología sea «autorepresentación de la fe cristiana con ayuda de la conceptualización del pensamiento científico». La teología ha de plasmar una expresión lo más inmediata posible a la experiencia de la fe cristiana, pero a la vez ha de examinarla críticamente. Ese examen crítico ha de hacerse en correspondencia con la ortodoxia o el canon que

surge del Nuevo Testamento y los símbolos de fe, aunque abierta a las nuevas problemáticas que surgen. Ahora bien, la teología no tiene como único objeto la exposición y presentación fenomenológica de la experiencia de la fe, sino que se une a la tarea de buscar la esencia del cristianismo, haciendo de instancia crítica frente a la forma de la experiencia actual.
Para ello ha de confrontarse no sólo con la propia tradición, sino con la conciencia humana de la verdad en los demás ámbitos de la vida intelectual. Aunque el punto de partida de la teología de Schleiermacher no sea la especulación abstracta, pues supondría la identificación entre teología y filosofía, su teología está abierta al diálogo y a la confrontación con la conciencia humana universal acerca de la verdad. Recoge de esta forma uno de los sentidos y formas que ha recibido la teología en la historia, la teología filosófica, abierta de forma constitutiva a la búsqueda crítica de la verdad. Sin esta apertura, la teología podría derivar de forma peligrosa hacia la ideología. La teología, teniendo un objeto y método propios, en este sentido autónomo e independiente, está integrada dentro del conjunto de las demás ciencias humanas.

Teología como pneumatología

La Dogmática de Schleiermacher, *La fe cristiana*, nos sitúa ante una cuestión crucial para la teología: que ésta pueda ser explicada desde el horizonte de la pneumatología. Es decir, comprender la teología como pneumatología. La teología de Schleiermacher es un enorme intento de situar a la Religión en general y al cristianismo en particular en su región propia. Por un lado, la religión es una realidad específica en la vida humana que no dice relación, en primer lugar, ni con el conocimiento (razón) ni con la acción (moral), sino con el sentimiento (*Gefühl*). Por otro lado, la piedad (*Frommigkeit*) es lo primero en el cristianismo, una piedad «que no es ni un saber ni un hacer. Sino una determinación del sentimiento o de la conciencia inmediata de sí mismo» (*La fe cristiana*, § 3). Desde aquí se desarrolla la doctrina y la teología como la reflexión honesta, persistente y crítica de esta piedad. Ésta, y no primariamente los dogmas, es el objeto de la reflexión teológica.
A pesar del riesgo de subjetivización de la fe que supone la postura de Schleiermacher –pues la experiencia de la fe no puede ser identificada directamente con la revelación de Dios y por esta razón no puede ser la fuente y el criterio de la verdad teológica–, hay que conceder un enorme valor a este proyecto teológico. Como afirma **Martin Redeker**, uno de sus intérpretes más autorizados: «El método de pensamiento teológico de Schleiermacher y su destrucción del modo escolástico de pensar es la aplicación del tercer artículo acerca del Espíritu Santo a los principios del pensamiento teológico, un reconocimiento que el mismo **Karl Barth**, aunque con ciertas limitaciones, concede al autor de la *Doctrina de la fe*» (*Einleitung des Herausgebers*, xxxii). Es muy significativo que **Karl Barth**, teólogo que se situó en las antípodas de la teología liberal

inspirada por el teólogo de Breslau, ya advirtió sobre la posibilidad de volver a una relación fecunda con la teología de Schleiermacher. Para ello la teología tendría que esforzarse en desarrollar el tercer artículo del credo, construir toda la reflexión teológica como una teología del Espíritu Santo, ya que «todo aquello que se debe creer sobre Dios Padre y el Hijo, debe ser mostrado e iluminado en sus fundamentos partiendo del Espíritu Santo, el*vinculum pacis inter Patrem et Filium*»17. O sea, como hemos dicho más arriba, hacer teología como pneumatología. En la pequeña obra *Un esbozo de Dogmática* se expresa de forma análoga: «Las afirmaciones del tercer artículo apuntan al hombre. Si el primer artículo habla de Dios y el segundo del hombre-Dios, el tercero habla ahora del hombre. […] ¿Qué pasa con la participación del hombre en la obra de Dios, con su libre y activa colaboración? Sería desconsolador que todo permaneciera en el ámbito objetivo. Existe también una realidad subjetiva, y su moderna y desbordada proliferación, iniciada ya a mediados del siglo xvii y sistematizada por Schleiermacher, se puede entender como un intento de hacer valer la verdad de este tercer artículo» (*Un esbozo de Dogmática*, Santander 2000, 159-160).

***Ángel Cordovilla Pérez,** estudió teología en la Universidad Pontificia de Salamanca, ampliando sus estudios en Múnich. Doctor en teología dogmática por la Universidad Gregoriana de Roma. En la actualidad es profesor de esta materia en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid.
Autor de *Gloria de Dios y salvación del hombre. Una aproximación al cristianismo* (1997); *Gramática de la encarnación. La creación en Cristo en la teología de Karl Rahner y Hans Urs von Balthasar* (2004) y *Ejercicio de la teología* (2007).